

Espiritualidad para tiempos de crisis

Hacia una militancia profética

Ponència Jornada General 12 d'octubre de 2011

FERNANDO RIVAS
CONSILIARI DE LA DIÒCESI DE MADRID



Si analizamos el desarrollo de las tres prioridades que nos marcamos en el IX Consejo podemos descubrir en ellas una lógica y gran coherencia entre sí. La primera prioridad estuvo dedicada al consumismo; la segunda a los pobres. Y la tercera, la de este año, tiene como objetivo ser libres y profetas en una sociedad plural, y yo añadiría: en el escenario de una crisis profunda y generalizada.

Empezamos por un elemento que afecta profundamente a nuestras vidas (consumismo), para desde aquí descubrir lo que vive en gran medida la humanidad, muchos de los que nos rodean y hasta nosotros mismos en ocasiones (pobreza), y en este año intentaremos unir ambas prioridades desde una mirada que quiere evitar que nos quedemos en lo de fuera o en lo superficial y seamos capaces de descubrir y vivir lo que hay en su interior.

Y para ello nada mejor que hablar de la profecía, porque la profecía nos puede ayudar, sin duda, en este esfuerzo por vislumbrar un nuevo mañana y un mundo nuevo, anunciando otra manera de vivir, nos hace capaces de tener una mirada y una acción que combata la indiferencia y, sobre todo, nos da esperanza para transformar este mundo injusto.

Antes de empezar la comunicación, permitidme que corrija una frase que dijo Juan de Dios Martín Velasco, sin duda uno de nuestros mejores teólogos actuales, en el 50 aniversario de la ACO: que había que pasar de ser militantes a ser profetas. Yo pienso que no hay que pasar de ser militantes a ser profetas, sino ver cómo ser profetas dentro de la militancia o mejor, como ser militantes y profetas. De aquí la ponencia: "Una espiritualidad para tiempos de crisis", a la que he añadido el subtítulo: "Hacia una espiritualidad profética".

La ponencia va a constar de **dos partes** interrelacionadas: en primer lugar analizaremos el **contexto global de crisis** en el que nos movemos, no analizando tanto sus causas y sus consecuencias (esto lo pueden hacer con mucha más competencia otras personas), sino viendo cómo situarnos en medio de las crisis y descubriendo las oportunidades que toda crisis ofrece. Y aquí entra la segunda parte de la ponencia, que trata de analizar **una de las posturas posibles ante la crisis, la postura profética**, descubriendo cómo se ha desarrollado en el pasado y en qué medida nos puede servir para vivir nuestra realidad hoy.

1. Contexto global de crisis

Las crisis, en plural, forman parte de nuestra existencia tanto en el ámbito personal como en el social. No hay ninguna persona, ningún grupo, ninguna sociedad que esté libre de ellas. Además, no sólo no podemos huir de las crisis, al fin y al cabo son inevitables, sino que incluso no es aconsejable huir de ellas, porque las crisis son necesarias, ya que nos indican que algo no funciona y que hay que cambiarlo.

Y es que las crisis no sólo hay que verlas desde sus aspectos más negativos, que los tienen, y muy evidentes, sino desde las **posibilidades a las que nos abren y los cambios a que nos invitan, con una función terapéutica**, tanto en el ámbito personal como social, que no se puede menospreciar. Las crisis son una llamada de atención para no quedarnos parados hasta que las cosas ya no tengan solución, con una función muy parecida a lo que tiene el dolor en el organismo humano.

1.1. Maneras de enfrentarse a la crisis

a) No reconocer la crisis

Sin embargo, no todas las crisis son buenas de por sí, sino que depende de cómo las afrontemos. Y es que hay **dos maneras de enfrentarse a una crisis**: la **primera** y más habitual es **no reconocerla**, pensar que no estamos en crisis, que es algo pasajero y leve, que con algunos ligeros retoques se solucionará. Esta postura suele ser la más común por la resistencia que genera en nosotros cualquier tipo de cambio, y sólo la perseverancia de las crisis y el fracaso continuo de los medios puestos para solucionarlas nos invitan a la **segunda postura: intentar salir de la crisis**.

Y es aquí donde está el núcleo del problema, porque hay **dos maneras de salir de la crisis: con falsas soluciones o con propuestas que vayan a la raíz del problema** y ofrezcan medios y estrategias para salir de verdad de la crisis, haciéndonos crecer y avanzar.

b) Falsas soluciones a la crisis

Las **falsas soluciones** a las crisis son las primeras que intentamos y las que tienen una mayor aceptación social. Suponen no tomar en serio la crisis bien por minimizarla (se trata de algo pequeño que no afecta al sistema, a la globalidad), bien por intentar maquillarla (considerando que la solución de la crisis es cuestión de pequeños cambios), bien por plantear propuestas que no van a la raíz del problema.



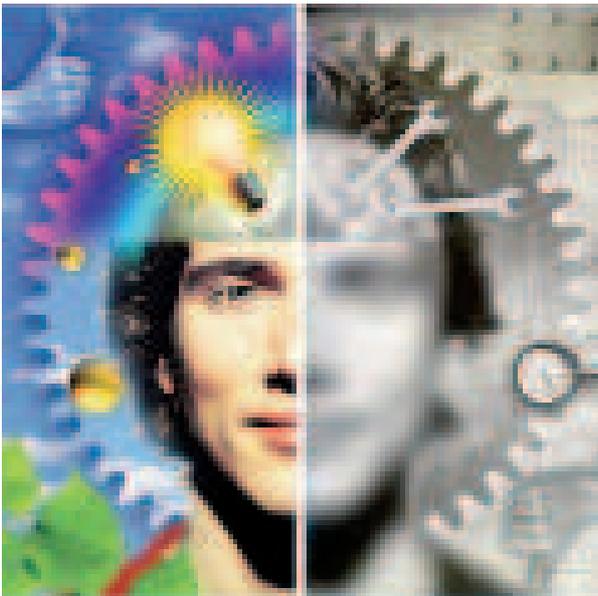
Estas falsas soluciones están habitualmente conectadas en el ámbito personal con procesos involutivos, de regresión, a la búsqueda de un pasado considerado como mejor, y están muy unidas al miedo, por lo que estas falsas soluciones suelen ir asociadas a los aspectos más negativos del ser humano como el egoísmo, la insolidaridad, el engaño, la opresión o incluso la violencia. En el ámbito social estas falsas soluciones se expresan habitualmente con dinámicas de exclusión, búsqueda de chivos expiatorios, corporativismo, identidades sociales excluyentes y renuncia a la propia responsabilidad en manos de liderazgos autoritarios.

Además, y esto es importante saberlo, estas falsas soluciones no nacen sólo de manera espontánea, sino que están alimentadas por grupos interesados en mantener la situación de crisis, pues como bien dice el refrán a "río revuelto, ganancia de pescadores". Y lo que es peor, no sólo no ayudan a salir de la crisis, sino que la agravan todavía más, creando incluso nuevos problemas y nuevas crisis.

Sin embargo en muchas ocasiones aceptamos estas falsas soluciones porque dan la sensación de que algo se está haciendo para salir de la crisis, no han fracasado todavía de manera estrepitosa y evidente (hay muchos medios para encubrir su fracaso) y nos da miedo apostar por otras nuevas soluciones porque no sabemos qué resultado van a dar.

c) Propuestas que intentan ir a la raíz de la crisis

Las **propuestas que intentan ir a la raíz de la crisis** ofreciendo medios y estrategias para salir de verdad de la situación no son ni las más comunes ni las más prontamente aceptadas, y habitualmente se ven como soluciones después del fracaso reiterado de las



falsas soluciones y como alternativa a ellas. Se basan en una serie de criterios o principios, entre los que destacaría los siguientes.

1) Pensar y actuar de manera diferente: creatividad

Las crisis nos obligan a pensar y actuar de manera diferente a como hasta ahora se ha hecho: repetir lo que fracasa sistemáticamente no conduce al éxito. Esto supone un **ejercicio inmenso de creatividad e imaginación** porque las rutinas, los prejuicios y las inercias, tanto personales como sociales, tienen una fuerza que no debemos descartar.

Pedir que este ejercicio sea llevado a cabo por la mayoría es desconocer las leyes sociales, pero también hay que reconocer que sólo tiene repercusión si estas minorías que sueñan y viven estos futuros, estás posibilidades escondidas en la realidad, como pequeños laboratorios sociales, consiguen exportarlos y conectar con otras redes sociales más amplias y no quedan reducidas a sus guetos.

2) Tener presente, al mismo tiempo la realidad y las posibilidades que esta realidad esconde

Las propuestas que hacen avanzar a las personas y las sociedades son aquellas que **tienen presente, al mismo tiempo, la realidad y las posibilidades que esta realidad esconde**. Olvidar la realidad, sobre todo si esta es dura y resistente, "con todo su espesor", como diría Fernando Urbina, es una tentación tanto para los que están apresados por ella (en una falsa salida hacia delante, en un ejercicio de búsqueda de falsos paraísos) como para los que creen vivir por encima de ella, creando ideologías que les impiden el contacto con la realidad (espiritualismo, en el caso de las personas religiosas). Pero, al mismo tiempo hay que saber contemplar

esta realidad no de manera pragmática, como algo ya dado y hecho, sino descubrir en esta realidad el gran número de posibilidades que esta esconde y que sólo una mirada profunda y confiada es capaz de descubrir. Jesús era especialista en esta mirada.

3) Las soluciones más útiles y duraderas son las que benefician a la mayoría, son más justas y suponen un menor coste social

Las **soluciones más útiles que más han perdurado son aquellas que son buenas para la mayoría de la gente (y no sólo para unos pocos), que están basadas en la justicia y suponen un menor coste social**, lo que las hace más aceptables. Plantear otro tipo de soluciones puede ayudar momentáneamente a creer que la crisis se ha solucionado, pero a la larga, como no se ha cerrado bien la herida, sino en falso, suelen volver a reproducirse, a veces con mayor virulencia.

Intentar solucionar una crisis beneficiando a una minoría en contra de la gran mayoría atenta contra uno de los pilares de toda relación social, la justicia, por lo que pierde toda legitimidad y, aunque pueda sostenerse por un cierto tiempo por el engaño o la falsa ideología, al final sólo puede sostenerse por la represión, bien en su línea blanda o dura.

Y es que las soluciones verdaderas a toda crisis son aquellas que conllevan un menor coste social, porque dada la interconexión que existe entre todos los seres humanos, otras soluciones al final pasan factura a todos, hasta a aquellas personas que inicialmente se sienten beneficiadas.

1.2. Algunas características de la crisis actual

Aunque no es mi intención analizar las causas y consecuencias de la crisis actual, sí considero necesario tener presente algunas características de esta crisis para poder situarnos ante ella. Haré una somera enumeración de algunas de estas características.

a) Crisis sistémica

En primer lugar **la crisis que actualmente padecemos es sistémica**, es decir, que afecta al sistema en su totalidad y no sólo a alguno de sus elementos: es una crisis social, política, económica, cultural y religiosa a la vez.

Es una **crisis social** porque están en cuestión las relaciones sociales hasta ahora establecidas tanto en el ámbito global (norte rico-sur pobre, primer mundo-países en vías de desarrollo-países del tercer mundo), como más particular (relaciones de clase: burgue-



sía-clases medias-clase obrera; relaciones de género: hombre-mujer).

Es una **crisis política** porque se empieza a resquebrajar el orden político existente basado en la autonomía de las naciones-Estado (tanto por la parte superior, con su integración en unidades supranacionales, como por su parte inferior por la aparición de numerosas instancias intermedias), se reconfigura un nuevo orden mundial con una nueva geopolítica, donde los centros de decisión hasta ahora dominantes y bipolares en gran medida (Estados Unidos, Europa y Rusia) ven cuestionado su influencia por nuevos poderes emergentes (China, sobre todo, pero también India, Brasil...), y con un planteamiento multipolar.

Y es una crisis política también porque los sistemas democráticos de gobierno, hasta ahora considerados como los políticamente más avanzados, ven cuestionada su legitimidad desde múltiples instancias (poderes económicos, grupos multinacionales de información y comunicación, desencanto y desertión por parte de la ciudadanía...). Esta crisis política es especialmente preocupante en la clase trabajadora y los partidos de izquierda que suelen representarla, donde se ha producido una progresiva pérdida de las utopías y modelos alternativos de que habitualmente se alimentaban y, como bien dice la prioridad de este año:

“El marco ideológico se ha ido homogeneizando, perdiendo su dimensión de utopía, con imposición del neocapitalismo y neoliberalismo y las caídas de los socialismos reales. Todo eso, acompañado por los cambios en la producción, el incremento del consumo y la globalización, entendida como la ideología triunfante, ha afectado a nuestra identidad como trabajadores”.

Asimismo, también es una **crisis económica**, porque la economía, que parecía haberse sostenido de manera estable desde finales de la II Guerra Mundial hasta los años sesenta, a partir de este período empieza a

entrar en una serie sucesiva de crisis cíclicas que culminan con la actual crisis económica donde parecemos entrar en otra nueva etapa del sistema capitalista (para todo esto viene muy bien leer el cuadernillo de **Josep Maria Bricall** titulado **Notas sobre la crisis económica** y publicado hace dos años en la ACO). Algunas de las consecuencias de esta crisis quedan reflejadas en la prioridad de este año cuando se dice:

“La clase obrera se ha fragmentado y diversificado, en una profunda transformación que ha desembocado en una precariedad general de las condiciones laborales que afecta muy especialmente a jóvenes y a mujeres. La ley de extranjería contribuye a dualizar el mundo laboral, fomenta la economía sumergida y crea ciudadanos sin los derechos más fundamentales (diferentes condiciones y derechos)”.

Y es también una **crisis cultural** porque la cultura hasta ahora dominante: noratlántica, muy basada en criterios de corte pragmático e instrumental, con un claro predominio de la técnica y basada sobre todo en el consumo de bienes, se ve cuestionada, entre otros, por problemas de corte ecológico (sostenibilidad del planeta), el inicio de nuevo modelo de sociedad (multiétnico, multicultural y plurireligioso), la aparición de una nueva personalidad, denominada por Zygmunt Bauman como “personalidad líquida” (más desestructurada, con lazos más pasajeros, preocupada casi exclusivamente por el presente, más libre de las ataduras sociales, al tiempo que más esclava de su propio ego y por tanto más fácilmente influenciable), y la negación de algunos de los valores considerados como fundamentales como la ideología del progreso (cuestionada tanto desde posiciones ecologistas, los recursos del planeta son limitados, como económicas: teoría del decrecimiento), la superioridad del varón sobre la mujer o el papel clave de las identidades fuertes, sustituidas por otras más flexibles.

Por último, también es una **crisis religiosa** porque las grandes religiones han entrado en un proceso de pérdida de significatividad social dentro de las sociedades modernas, sobre todo por la pérdida progresiva de centralidad de las instituciones religiosas (iglesias) para marcar los objetivos sociales y personales, que son sustituidas por otras instituciones (fenómeno que conocemos como cristianos sin Iglesia o cristianismo a la carta). Ante esta situación tanto la respuesta de situarse como religiones invisibles, en la conciencia de sus fieles o en sus guetos marginales, como la de situarse a la contra de todo lo que supone la modernidad, en una especie de fundamentalismo o integrismo religioso, no parece que vayan a mejorar la situación.

En el caso de la Iglesia católica una dificultad añadida ha sido la pérdida progresiva de fieles en el enclave hasta ahora central, Europa, compensado en parte por el aumento en otras partes del planeta, a los que habría que añadir la competencia con otras religiones, especialmente el islam, que todavía no ha pasado por este proceso de modernización, la existencia de sociedades cada vez más plurireligiosas y las dificultades para asumir la apertura que significó el concilio Vaticano II.

b) Crisis global

Pero también es una **crisis global** porque mientras antes los diferentes grupos sociales que poblaban el mundo tenían una relación esporádica o de contacto superficial (época de exploradores o de Imperios militaristas), y lo que le pasaba a uno de estos grupos no afectaba de manera radical a los otros, a partir del s. XIX se han ido estrechando los lazos entre las diferentes sociedades, primero mediante relaciones coloniales, luego por medio de relaciones entre Estados y, por último, a partir de los años sesenta, por un sistema global propiciado por el avance en las tecnologías de las comunicaciones (internet es sólo un ejemplo) y el transporte que hace que podamos hablar de una sociedad progresivamente globalizada en todos los terrenos.

Esta intercomunicación entre las diferentes sociedades supone no sólo un mayor conocimiento mutuo, sino también una mayor interconexión de unas con otras, de manera que lo que pasa en un sitio tarde o temprano acaba influyendo y repercutiendo en otro, a veces de lo más alejado (efecto mariposa).

Hay dos factores, sin embargo, que ponen en cuestión de manera radical esta sociedad globalizada: en primer lugar, las sociedades no se integran de la misma manera en este proceso de interconexión, sino que hay diferentes velocidades, lo cual da como resultado lo que algunos han dado en llamar **brecha digital**, es decir, que estas nuevas tecnologías, más que unir separan mucho más a aquellos que no están integrados. Y en segundo lugar, el hecho de que la **interconexión se haya dado sobre todo en el ámbito económico**, mientras que los otros ámbitos, especialmente el social y el político, van globalizándose mucho más lentamente, lo que supone un aumento considerable de los riesgos y peligros, como estamos viendo en estos días.

c) Crisis que afecta especialmente a Europa

Aunque es verdad que la crisis que actualmente estamos viviendo afecta a todos, hay **algunas zonas del planeta que se están viendo particularmente afectadas**

por ella, como es Europa, que basó su estabilidad social y económica en el sistema conocido como **Estado del bienestar** y su estabilidad política en la creación de una **unidad europea que, partiendo de la integración económica, llegará a la unidad política**. De esta manera se intentaba salvar los conflictos políticos que habían dado lugar a las dos guerras mundiales, crear una potencia económica capaz de competir con Estados Unidos y configurar un modelo de sociedad que intentase aunar lo mejor de nuestra tradición: sabiduría griega, ley romana, arte y cultura renacentista, división de poderes y democracia francesa e inglesa, modelo industrial alemán...

Esta crisis ha venido a cuestionar todos los pilares de Europa, empezando por el Estado del bienestar, que ve amenazada su existencia incluso en terrenos tan impensables como la sanidad o la educación; la potencia económica, inquietada no sólo por Estados Unidos sino por nuevas potencias emergentes como China o India; la moneda única, el euro, se ve en riesgo; y hasta entra en crisis la propia estabilidad política, por el mantenimiento y hasta la competencia de los intereses nacionales por encima de los órganos supranacionales, que no acaban de tener capacidad ejecutiva.

Dentro de Europa hay, además, una serie de países como Grecia, Irlanda, Portugal, España e Italia con una economía menos desarrollada, una menor implantación del Estado del bienestar y una menor atención a los sistemas de formación; en contraste con una mayor dependencia del exterior y una mayor tasa de paro, lo que nos hace más vulnerables a la crisis, que estamos viviendo con una mayor virulencia.

Un fragmento de Stéphan Hessel, autor del librito *iIndignaos!*, puede servirnos de conclusión para este primer apartado dedicado a la crisis:

"El pensamiento productivista, sostenido por Occidente, ha metido al mundo en una crisis de la que hay que salir rompiendo radicalmente con la huída hacia adelante del 'siempre más', tanto en el dominio financiero como en el dominio de las ciencias y de la técnica. Ya es hora de que la preocupación por la ética, la justicia y la estabilidad duradera sea lo que prevalezca. Pues nos amenazan los riesgos más graves; riesgos que pueden poner fin a la aventura humana sobre un planeta que puede volverse inhabitable".

2. Hacia una militancia profética

Ante esta situación, como el orante del **Salmo 11, podemos exclamar: "¿Qué puede hacer el justo si fallan los cimien-**

tos?" (Salmo 11,3). Y es entonces cuando acudimos a aquellas personas y tradiciones que saben lo que es pasar por una crisis y han encontrado en medio de ella motivos para seguir viviendo, e incluso crecer. Personas y tradiciones que a través de la historia han ofrecido un marco de referencia para comprender lo que realmente sucede en estos momentos complicados y cómo situarnos y enfrentarnos a esta realidad. Y es aquí cuando aparecen los profetas y la profecía.

De hecho, los profetas (a partir de ahora, siempre que ponga la palabra "profeta" me refiero a hombres y mujeres, pues tanto en la Biblia como en la historia existieron, y existen, profetisas) han aparecido dentro de nuestra historia en los momentos de crisis profundas, cuando los cimientos de la sociedad se tambalean. Y lo han hecho, dentro de su diversidad de modos de actuar y lenguajes, con una serie de características comunes que vamos a describir brevemente.

2.1. ¿Qué es la profecía?

a) Ser profeta/profetisa implica un profundo arraigo en Dios, siendo capaz de unir a Dios y al ser humano

En primer lugar, **ser profeta**, como indica la prioridad de este año, **implica un arraigo profundo en Dios**: sentirnos llamados por Él, estar disponibles a sus llamadas e invitaciones. Y ver la realidad y la vida con los ojos de Dios, hasta tal punto que podríamos decir que profeta es la persona capaz de ver a Dios en el mundo y al mundo en Dios, con los ojos de Dios.

Por eso el profeta es una persona subyugada por la presencia de Dios (lo ve en sitios donde nadie espera y no lo encuentra en sitios donde todo el mundo cree que está). Y aunque los ojos del profeta están dirigidos al mundo que les ha tocado vivir, en una mirada atenta a la realidad, de manera que el tema principal de sus discursos es la sociedad y lo que en ella sucede (no se dedican a hacer "teología" en sentido estricto); sin embargo los oídos del profeta están inclinados hacia Dios, son dóciles a su Palabra. Hasta el punto que podemos decir que la experiencia fundamental del profeta es la simpatía y sintonía radicales con los sentimientos de Dios.

Pero es que además **ser profeta es capaz de unir a Dios y al ser humano en un mismo plano, en un mismo pensamiento**. Frente a una manera de entender la realidad donde se considera a Dios separado del ser humano, o al ser humano separado de Dios, la profecía afirma de manera rotunda que Dios está implicado y complicado en la vida del ser humano.

De tal manera que mientras para nosotros la historia es el registro de la experiencia hu-

mana, para el profeta la historia es el registro de la experiencia de Dios, de manera que insisten una y otra vez que la situación del ser humano sólo puede entenderse desde la situación de Dios. Es más, toda la historia humana se reduce para el profeta en la historia de Dios en busca del ser humano y cómo, a pesar de los fracasos, una y otra vez, Dios no nos abandona. De aquí la propuesta profética: pasar del volverse de Dios al ser humano al volverse del ser humano a Dios.

Para el profeta ningún asunto merece tanta importancia como el ser humano, de tal manera que incluso describe a Dios reflexionando en todo momento sobre la situación del ser humano, sobre la realidad concreta de la historia, pues para los profetas el ser humano no es sólo imagen de Dios, es su principal preocupación, y en esta preocupación se encuentran lo humano y lo divino. Por eso en última instancia la teología profética sólo puede entenderse como compromiso, preocupación y cuidado de Dios por el mundo.

Con su forma de vida, con sus palabras y acciones, el profeta se convierte en una encrucijada, un punto donde Dios y el ser humano se cruzan. Pero con una peculiaridad: en presencia de Dios toma partido por el ser humano, por el pueblo, pero en presencia del pueblo, del ser humano, toma partido por Dios. Esto obliga al profeta a mantener una tensión difícil de vivir, una especie de dicotomía que le causa múltiples problemas y dificultades. Pero no se rinde en este esfuerzo.

b) Ser profeta/profetisa es mirar la vida desde la clave de Dios, pero con una especial sensibilidad por la injusticia y el sufrimiento del pueblo

La profecía consiste además en **interpretar la vida desde la clave de Dios** y supone una forma de pensar y de vivir peculiares dentro de las cuales destaca **su especial sensibilidad hacia la injusticia, el dolor y el sufrimiento de las gentes**, sobre todo de las más necesitadas.

Es característico de los profetas el hacer una teología "desde abajo": en vez de llevarnos a ver los grandes monumentos o las elegantes mansiones de la historia, se encargan de hacernos visitar los barrios bajos. Como dirá un gran conocedor de los profetas, el judío Abraham Heschel, "la profecía es la voz que Dios presta a la agonía silenciosa, a los pobres saqueados, a las riquezas profanadas del mundo" (*Los profetas, I. El hombre y su vocación*, Paidós, Buenos Aires 1973, 36). Y así oímos al profeta Amós en una de las épocas de mayor esplendor económico de Israel decir frases tan actuales como:

"Escuchad esto los que aplastáis al pobre y tratáis de eliminar a la gente humilde,



vosotros que decís: ¿Cuándo pasará la luna nueva para poder vender trigo; el sábado para dar salida al grano? Disminuiremos la medida, aumentaremos el precio y falsearemos las balanzas para robar, compraremos al desvalido por dinero, y al pobre por un par de sandalias; venderemos hasta el salvado de trigo" (Am 8,4-6).

Mientras para el historiador romano Tácito, y mucha más gente, incluso de hoy, "los dioses están del lado del más fuerte", los profetas proclaman que el corazón de Dios está de parte del débil, que no le preocupan los poderosos y triunfadores, sino los pobres y humildes, la viuda, el huérfano y el extranjero.

Por eso si Dios envía profetas es para restablecer la relación correcta entre Dios y su pueblo, es decir, para buscar la justicia. Porque para los profetas Dios está presente realmente en el mundo, es más, se ve afectado y reacciona con alegría, tristeza o ira según lo que pasa en él.

Y es aquí donde nace la crítica profética, que consiste en movilizar al pueblo para que tome conciencia de su situación y se comprometa con su historia, para que se aleje de aquellos que son insensibles a sus necesidades y aprenda a dirigir sus gritos a donde sean tomados en serio.

c) El profeta, hombre o mujer enraizado/a en el Espíritu que sólo cuenta para su misión con su palabra, sus acciones simbólicas y su vida

El profeta es asimismo un hombre o una mujer llenos del Espíritu de Dios.

Oseas dirá: un loco que delira por la injusticia de su pueblo, un centinela del Señor al que se le tiende una trampa en todos los caminos y se le odia incluso en la casa de Dios (cf Os 9,7-8). El profeta es una persona marcada, trastornada, diría, por la experiencia de Dios. Dios ha entrado hasta tal punto en su vida que ha tomado posesión de su corazón y de su mente, de sus deseos y esperanzas. Tiene la completa certeza de estar inspirado por Dios, de hablar en su nombre, de haber sido enviado por Él a su pueblo. Y eso le da coraje para enfrentarse con todo y con todos, incluso consigo mismo.

El **profeta se enfrenta a la realidad sólo con sus palabras**. Es consciente de que el lenguaje configura en gran medida la conciencia de las personas y define la realidad, tanto personal como social. Por eso se enfrenta a la insensibilidad generalizada y la autoridad establecida sólo con sus palabras, intentando detenerlos, porque sabe que con las palabras se puede cambiar el interior del ser humano y revolucionar la historia.

Los profetas eran conscientes de que las personas cambiamos cuando estamos en apuros, que las sociedades se transforman cuando hay una disonancia o incongruencia entre las creencias públicas y los anhelos personales. Y que en estos dos casos la palabra tiene un papel clave para ayudarnos a saber dónde y cómo estamos, y para invitarnos a caminar hacia algo nuevo.

Por eso la tarea del profeta es dar expresión a las nuevas realidades que se barruntan frente a la realidad, bien visible, del viejo orden. Porque lo que nos pone en marcha no es lo que ya tenemos, sino lo que se nos ha prometido y está a punto de dárse nos. Ellos saben que la palabra sola no transforma la realidad, pero que sin tener una visión alternativa de la realidad no podemos transformar ni cambiar nada, que todo empieza por una nueva manera de pensar y, sobre todo, de decir, las cosas.

Sin embargo, también hay momentos donde las palabras se quedan chicas, es entonces cuando los profetas acuden a los **gestos simbólicos**, que amplían el círculo restringido de los significados y atraen la atención de los que están cansados o no creen ya en las palabras. Y así vemos a un Oseas invitado por Dios a mantenerse fiel a una mujer adúltera, un Jeremías llevando un yugo sobre sus espaldas como signo de la servidumbre a que se van a ver sometidos, o comprando un campo en las afueras de Jerusalén poco antes de que esta sea tomada y saqueada. Gestos simbólicos que vienen a mostrar habitualmente la respuesta desagradecida al amor de Dios y la fidelidad de Dios a su pacto, a pesar de todo.



Y cuando incluso los propios gestos simbólicos no son suficientes, es la **propia vida del profeta** la que muestra la fuerza transformadora de la Palabra de Dios, la necesidad de hacer caso a sus mensajes, su preocupación e inquietud por lo que nos pasa, su indignación ante la injusticia. Y el profeta pone su vida como aval de que lo que dice no es una invención suya, sino que lo ha recibido de Dios. Y en muchos casos la pierde, porque lo que dice no es del agrado de todos.

d) El profeta, hombre o mujer molesto/a que anuncia los brotes de Dios que hay en el mundo y denuncia lo que impide que nazcan, especialmente las idolatrías

Es entonces cuando nos puede surgir una pregunta: "¿Si la misión que cumple el profeta es desagradable para él y molesta, por decir una palabra amable, para los demás; si la recompensa es más bien escasa y los problemas que le causan son muchos, por qué surgen los profetas?"

Los profetas surgen, en primer lugar, porque Dios está empeñado en seguir manteniendo la relación con su pueblo, a pesar de todo, en que utiliza todos los medios para que este pacto no se rompa. Pero es que, además, hay personas que son capaces de superar sus propias limitaciones, las críticas y las persecuciones a que se les va a someter, porque están marcadas por la experiencia de Dios y el amor a su pueblo. Y hay profetas, por último, porque los necesitamos, porque sin profetas todos andamos como ciegos por el camino, tristes y cabizbajos porque no tenemos quien nos anime con la esperanza, satisfechos y amargados porque no hay nada que nos haga salir de nuestro vacío y nadie que nos invite a cambiar.

Y es que profeta es aquella persona **capaz de anunciar los brotes de Dios que hay en el mundo, por medio de la esperanza, y denunciar aquello que les impide crecer, por medio de su crítica**. Y las dos cosas al mismo tiempo, que ahí está lo difícil.

La primera tarea del profeta es ahondar en la memoria del pueblo porque conoce perfectamente la tradición, es hijo suyo, y es capaz de descubrir los puntos de coincidencia y desacuerdo entre esa memoria y la situación histórica. Esto le permite hacer uso del instrumento de la **esperanza**, expresar públicamente aquellas esperanzas y anhelos que han sido tan profundamente negados y reprimidos que ni siquiera sabemos que han existido y existen. Esperanza es negarse a aceptar la interpretación que el sistema nos ofrece o que la mayoría tiene, lo que supone un alto riesgo, personal y social, por si acaso alguien no lo sabe.

Y es que la esperanza es subversiva porque reduce las exigencias del presente, apostando y dando prioridad a un futuro, no del todo cierto, pero indudablemente mejor que lo que ahora tenemos, por eso es esperanza y por eso mucha gente (nosotros incluso) no se atreve a realizar esta apuesta y se queda con lo que tiene, porque en este presente hemos llegado a numerosos compromisos a los que no queremos renunciar (Virgencita, virgencita, que me quede como estoy...).

La esperanza que el profeta proclama está basada en la seguridad de que Dios no nos ha abandonado, ni siquiera cuando lo merecíamos, en la inmensa capacidad que tiene Dios de sacar partido hasta de nuestros mayores errores. De aquí que la esperanza esté tejida en multitud de ocasiones con el lenguaje del asombro y nos invita a no darnos por vencidos, a la alegría y al canto, porque la esperanza no es un sentimiento intimista, sino un discernimiento radical de la situación, de nuestra historia, y tiene una gran trascendencia porque lleva siempre consigo enormes implicaciones personales y sociales, políticas y religiosas.

Pues el profetismo no ofrece soluciones, que deben ser pensadas y llevadas a cabo por todos, sino que amplía y profundiza en el análisis para descubrir aspectos y dimensiones que una mirada superficial no es capaz de descubrir.

Mientras que nuestra cultura es capaz de realizar casi todo y de no imaginar casi nada, al profeta no le preocupa si su visión es realizable o no, porque tiene claro que la imaginación (la proyección) siempre precede a la realización. Lo que le interesa es, como a los poetas y a los artistas, descubrir las posibilidades que el presente esconde, imaginar y proponer futuros alternativos que Dios propone y desde ellos desafiar y oponerse a la realidad dominante, que es siempre prosaica, y donde el pueblo se limita a observar lo que hacen con él, sin experimentar lo que él puede hacer por sí mismo.

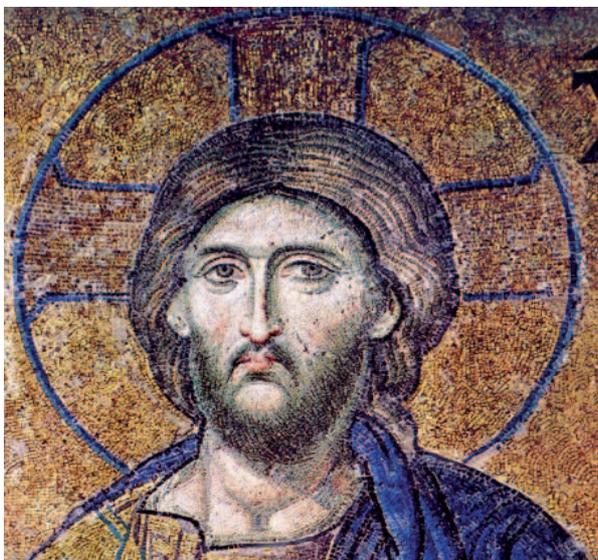
Pero el profeta es también una persona que tiene como misión **denunciar aquellos elementos que impiden crecer estos brotes de Dios en nuestra vida y nuestra historia, y para esto tiene la crítica.**

Las sociedades antiguas, como las nuestras, valoran sobre todo la riqueza, el poder y la sabiduría. Sin embargo, para los profetas tales valoraciones no sólo son ridículas, sino idolátricas. El profeta es considerado como un iconoclasta que se atreve a "desafiar todo aquello que es considerado como sagrado y reverenciado como más valioso. Expone como escandalosas pretensiones creencias estimadas como certezas, instituciones dotadas de suprema santidad" (Abraham Heschel, *Los profetas. I. El hombre y su vocación...*, 45), llegará a decir uno de los mejores conocedores del profetismo bíblico.

Por eso es natural que las dos instituciones más valoradas de su tiempo, el **templo y la realeza**, sean los dos campos a los que dirigen su crítica más dura.

Los profetas eran plenamente conscientes de que una de las maneras más sofisticadas y eficaces que tenemos los seres humanos de encubrir nuestras injusticias es rodearlas del halo divino, que la opresión y la explotación de los poderosos viciaban tanto la oración como los sacrificios, de que no se puede utilizar a Dios para tapar las quejas de los oprimidos o intentar sobornarlo con nuestras ofrendas porque la opresión del ser humano es una humillación para Dios y, como dirá el libro de los Proverbios: "Quien oprime al pobre, insulta a su Hacedor, quien se apiada del indigente, honra a Dios" (Prov 14,31).

Los profetas eran al mismo tiempo conscientes de que la realeza, que había nacido como fruto de un proceso histórico, no tenía más función social que servir y proteger al pueblo, y en la medida que dejaban de cumplir con este servicio perdían la protección que Dios les había garantizado.



e) Dificultades para diferenciar entre verdaderos y falsos profetas

Sin embargo, con esto no está todo resuelto, porque un problema clave en todos los tiempos ha consistido, sin duda, en las **dificultades para poder diferenciar entre verdaderos y falsos profetas**, pues todos se consideran inspirados por Dios y enviados por Él. Por eso desde el inicio el pueblo de Dios ha establecido una serie de principios para aprender a diferenciarlos.

Así, para la Escritura los profetas verdaderos mezclan en sus palabras la crítica y la promesa, el castigo y la esperanza. Suelen comenzar por un mensaje de condena y acabar por un mensaje de salvación. Aunque buena parte de su tiempo se lo pasan hablando de los grandes peligros a los que estamos sujetos, mientras los falsos profetas siguen negándolos, cuando llega la desgracia y los peligros se hacen realidad los verdaderos profetas quedan estupefactos, incapaces de justificar el dolor y el sufrimiento que causan, mientras que los falsos profetas, que antes negaban los peligros, ahora parecen empeñados en regodearse con ellos.

Además, mientras los falsos profetas consideran la economía, la política, el poder o la fuerza como el núcleo duro de la historia, donde se juega lo crucial, los verdaderos profetas analizan la historia desde el punto de vista de la justicia de Dios, y desde este ángulo todo se contempla como rectitud o corrupción, como compasión o violencia.

Frente a la libertad e independencia de los verdaderos profetas, capaces de enfrentarse y lanzar críticas a las instancias más poderosas de su tiempo, el rey y los sacerdotes, los falsos profetas se caracterizan por su capacidad por adular a los poderosos, inspirándoles sentimientos de tranquilidad ante las señales de peligro que descubrían en la realidad o pasando en muchos casos a engrosar las filas de la corte o del templo, como profesionales a sueldo, sujetos a sus deseos, como llegará a decir Miqueas:

"Así dice el Señor contra los profetas que extravían a mi pueblo: 'Mientras le dan para comer hablan de paz, pero a quien no les llena el estómago le declaran la guerra santa... Sus profetas vaticinan por dinero y aun se apoyan en el Señor diciendo: ¿No está el Señor en medio de nosotros? ¡La desgracia no nos alcanzará!' (Miq 3,5.11).

Complementando a la Biblia, uno de los primeros escritos cristianos, la *Didajé*, habla a finales del s. I también de verdaderos y falsos profetas desde otros criterios, quizá más prácticos y verificables: si la vida del profeta es coherente con lo que dice, si su doctrina ayuda a la construcción de la comunidad, si enseñan lo que enseñó Jesús, si no se apro-

vechan de su ministerio, viviendo a costa de la comunidad, si ayudan a los demás..., son verdaderos profetas; y si no hacen todo lo anterior, son falsos profetas.

2.2. Algunos modos de vivir la profecía

Después de haber visto qué y quién es profeta, vamos a ver algunas formas de vivir esta experiencia profética, pues la profecía, por su propia naturaleza, no tiene una única expresión, sino **múltiples modos y maneras de vivir** este encuentro con Dios por medio del Espíritu. Ya en la propia Escritura nos aparecen algunos como, entre otros:

Miriam, la profetisa del canto y de la danza, que inaugura el camino de la liberación.

Amós, el pastor apenado por el fracaso de su pueblo y enfrentado a los ricos explotadores y el culto sin justicia.

Oseas, el profeta de la ternura y del amor apasionado de Dios por su pueblo, a pesar de nuestras infidelidades.

Miqueas, un campesino capaz de oponerse, "como el Señor", a los profetas, los poderosos y hasta a la misma Jerusalén, amenazándolos con la ruina si no hacían caso al anuncio de Dios.

Ezequiel, sacerdote y profeta de la esperanza en un mundo desesperanzado, capaz de imaginar un futuro tan utópico y al mismo tiempo tan realista, tan cargado de simbolismo y de misterio que con él el pueblo de Dios comienza una nueva etapa, porque es capaz de comprender de una manera nueva su relación con Dios.

Jonás, un profeta *a contracor*, que se rebela incluso contra Dios...

Y tantos otros cuya lista sería interminable. Nos vamos a centrar sin embargo en tres profetas que representan aspectos nucleares de la profecía: Moisés, Jeremías e Isaías y Jesús, el profeta por excelencia.

a) Moisés

Moisés es considerado por todo el judaísmo como profeta porque anuncia con sus palabras y con sus obras una manera nueva de vivir: frente a la religión del Imperio, una religión triunfalista basada en un sistema de esclavitud y opresión, Moisés se atreve a proponer una nueva religión, la religión de alianza con Dios, basada en la libertad y la reciprocidad, cuyos frutos serían la justicia y la compasión. Frente a unos dioses que no se preocupaban por el bien del pueblo, se alza la voz del profeta de Yahvé, que invita a un nuevo futuro y nuevos caminos por recorrer.

El Dios de Israel no va a ser un Dios neutral o distraído, tolerante con la situación, sino un Dios que está atento a lo que pasa, que



toma partido por su pueblo, una comunidad de esclavos y comadronas que se atreven a afirmar la religión de la libertad de Dios frente a la religión imperial. Y desde aquí se atreven a pronunciar, a decir y rezar, un nuevo nombre, "Yahvé", desde el que se redefine toda su historia, un Dios de la libertad de los cuerpos libres en la danza (cf Ex 15,20). Y a afirmar algo que el Imperio, y mucho menos el Faraón, no puede tolerar: que este Dios, Yahvé, "reinará por siempre jamás" (Ex 15,18).

b) Jeremías-Isaías

Ya hemos visto como uno de menesteres proféticos fundamentales es la lucha por el lenguaje, la necesidad de crear una manera de pensar diferente, donde pueda nacer una comunidad distinta. Dos profetas destacan este oficio, Jeremías e Isaías: uno profeta de la aflicción, el otro de la alegría y la esperanza.

En el caso de **Jeremías** nos encontramos con un profeta a corazón abierto, con todos sus miedos y debilidades, pero también con la confianza de que sólo Dios puede dar sentido y sostener nuestra existencia. A él le va a tocar uno de los momentos más duros de la historia de Israel: el destierro a Babilonia. Frente a la incredulidad de su gente, que no pensaba que llegara este terrible suceso, a él le tocó denunciar esta situación en una serie de largos lamentos sobre el futuro de su pueblo, con la firme esperanza de que el dolor de Dios fuera capaz de penetrar en la insensibilidad de su pueblo. Porque sabía que el llanto y el sufrimiento, cuando son oídos, permiten el cambio y posibilitan la novedad.

Y es que Jeremías fue el primero en "inventar" una nueva manera de hablar con Dios y de rezar donde se expresaban abiertamente, de manera radical, sin tapujos, los miedos y terrores que durante tanto tiempo habían sido negados y reprimidos. Una forma que ayudó, quizá, a hacer que el pueblo en el exilio pudiera expresar su dolor, tan grande, sin caer en la locura o la desesperación.

Con **Isaías**, sobre todo al que conocemos como segundo Isaías (cc. 40-55), descubrimos otra manera de ser profeta. Isaías sabe

lo que es sufrir, no en vano en él se encuentran los cuatro cantos del Siervo de Dios, y también sabe que es poco lo que se puede hacer ante la desesperanza que se ha generado en el exilio. El profeta cuenta sólo con su palabra para hacer posible la esperanza, porque es en el exilio donde las palabras de Dios son silenciadas y prohibidas.

Ahora, sin embargo, estamos ante el final del exilio. Babilonia está a punto de caer y lo que se necesita es consolar a un pueblo cansado de tanto sufrimiento; animarlo y darle esperanza para el futuro que se le presenta imaginándolo como un nuevo Éxodo donde se mostrarán de nuevo el Dios liberador, ha acompañado siempre a su pueblo, aunque éste no lo viera, y sigue siendo fiel a sus promesas, que ahora se abren, sin embargo, a toda la humanidad, porque en el exilio el pueblo de Dios ha aprendido que un Dios que valga sólo para Israel no es un Dios que merezca la pena. Y es que Dios "va a hacer algo nuevo, algo que ya está brotando", y nuestra tarea es descubrir esta novedad, ser capaces de notarla ya brotando e incluso tocarla con nuestras manos (cf Is 43,19).

c) Jesús

Tanto por su enseñanza como por sus gestos, pero sobre todo por su vida, Jesús es profeta, el profeta por excelencia. Propone el Reino de Dios como una novedad absoluta que permite el cambio radical de nuestras vidas y nuestra historia.

Anuncia este Reino con palabras comprensibles por todos (parábolas y dichos) donde se expresa al mismo tiempo su inequívoca apuesta por la esperanza y su firme crítica a todo aquello que se opone al Reino: ya sea Ley considerada como un absoluto y alejada de Dios, el Templo centrado en su propia autosuficiencia, los poderosos que siguen oprimiendo al pueblo, o los grupos que los legitiman y sustentan...

Y no se conforma con anunciar el Reino, sino que lo pone en marcha con numerosos gestos simbólicos como las comidas compartidas, las curaciones, su manera inclusiva de relacionarse y su solidaridad sin límites con los marginados. Al igual que los profetas Jesús se siente movido a la compasión, que constituye una forma radical de crítica profética porque nos muestra que el dolor y el sufrimiento deben ser tomados en serio, y no aceptados como algo natural, porque es algo inaceptable. Hasta tal punto se toma en serio el dolor que decide, en la línea que ya habían iniciado Oseas y Jeremías, no sólo interiorizándolo, sino personalizándolo, prestando su voz al mismo sufrimiento.

Su propia muerte en cruz, algo que ya se veía venir por la vulnerabilidad en que se ha-

bía colocado al situarse con los despreciados, y que el propio Jesús asume personalmente, nos hace descubrir que Dios no sólo está contra el dolor, sino que está con los que sufren, en los que padecen. De esta forma la cruz se transforma en la metáfora definitiva de la crítica profética porque representa la muerte de todo sistema basado en la explotación al tiempo que la libertad y el poder de Dios, que busca siempre la justicia. Porque la auténtica crítica profética no puede ser hecha desde fuera, al margen, sino sólo desde dentro, por personas capaces de asumir y experimentar el dolor y el sufrimiento que se critica (W. BRUEGGEMANN, *La imaginación profética...*, 114s).

La resurrección de Jesucristo constituye la apuesta definitiva de Dios por la esperanza, por un nuevo futuro: la muerte no es final, de aquí nuestro asombro y nuestra incredulidad. Es algo que sólo puede ser realizado por quien es capaz, como hemos visto en los profetas, pero sobre todo en Isaías, de crear Dios nuevos futuros por y con Dios.

Una victoria abierta para todo el mundo, pero percibida sobre todo por los que han sido las víctimas, porque el Resucitado es el Cordero que fue castigado y degollado por haber puesto en cuestión el mundo de muerte que le rodeaba, apostando por un mundo nuevo, que ahora encarna en su propia persona (cf W. BRUEGGEMANN, *La imaginación profética...*, 134s).

d) Y muchos más profetas..., gracias a Dios

Sin embargo, el profetismo no acabó con Jesucristo. El propio nacimiento de la Iglesia está marcado por el acontecimiento de Pentecostés, la venida del Espíritu, que hace que hombres y mujeres, ebrios de Dios, se conviertan en profetas, como ya había vaticinado el profeta Joel (Joel 3,2, citado con ocasión de Pentecostés en el libro de los Hechos de los Apóstoles 2,18).

Y no acaba aquí la historia porque el cristianismo, sobre todo en sus momentos más críticos e innovadores, siempre ha recibido el don de la profecía, que nos invita a seguir creciendo como pueblo real, sacerdotal y profético.

Así a inicios del siglo IV, cuando la Iglesia está tentada de convertirse en una institución más al servicio del Imperio, se ve sorprendida por la aparición de los monjes, hombres y mujeres del desierto, inflamados por la Palabra de Dios que abandonan todo para encontrarse con Dios en el hermano.

O, más adelante, en uno de los momentos más oscuros para la historia de nuestra Iglesia, en la Edad Media, cuando la Iglesia se ha convertido en un poder más, y sólo piensa en competir con los otros poderes que limitan

su fuerza, el Señor nos envía a una serie de personas, entre las que destaca Francisco de Asís, con su oferta de una pobreza y una humildad, como único camino para construir una sociedad fraterna y en paz.

Y así hasta hoy, donde Dios nos sigue enviando profetas, hombres y mujeres del Espíritu que, dentro y fuera de la Iglesia, porque el Espíritu todo lo inunda, anuncian la justicia y el futuro de Dios. Hombres y mujeres como Mahatma Gandhi, Carlos de Foucauld, Ety Hyllesum, Martin Luther King, Helder Cámara, Juan XXIII, Dorotee Sölle... y tantos otros, conocidos y desconocidos, que inundan y repueblan la faz de nuestra tierra.

Conclusión

Concluyendo, a lo largo de la historia han sido las crisis, sobre todo cuando éstas han sido profundas, el momento de las grandes transformaciones sociales. De hecho, han sido en tiempos de crisis cuando se han construido el sentido, la realidad y los grandes momentos del pueblo de Dios.

Las épocas nuevas han surgido en medio de los estertores y convulsiones de las épocas anteriores, no sin dolor. Como un parto. Pablo es muy consciente de esto cuando describe, perdido en medio del vasto Imperio romano, a toda la creación, expectante por la venida de Cristo, cf Rom 8,18-30, especialmente los versículos 22-24, donde se comparan los gemidos de la creación, a punto de dar a luz el mundo nuevo, con los gemidos de los/las creyentes en Cristo, para que Dios nos haga sus hijos e hijas.

Sin embargo, hay que ayudar entre todos a que nazca, "a que puedan ser", como diría José Antonio Labordeta, y para ello contamos como los profetas y las profetisas, con nuestra palabra, nuestros pequeños gestos y nuestra vida, pero con la ayuda del Espíritu, porque "los creyentes tenemos experiencia de que en los grandes momentos personales y comunitarios hay que buscar el sentido de las cosas, más que nunca, en los fundamentos de nuestra esperanza", dice Jesús Renau, en el cuaderno ACO sobre *Militancia sociopolítica y espiritualidad*, 5.

El problema es el miedo e inseguridad que se generan en estos momentos de crisis por no saber cuál es el camino por el que hay que seguir. De aquí la importancia de proyectos que den sentido a estos tiempos de miedo e inseguridad, proyectos afincados en la realidad. Y es aquí donde entra el profetismo, porque "la tarea del ministerio profético consiste en propiciar, alimentar y evocar una conciencia y una percepción de la realidad alternativa a la del entorno social

dominante" (WALTER BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, 12).

Forma parte de nuestra vocación como seres humanos, como cristianos y como Movimiento realizar esta labor crítica y dinamizadora de las conciencias y de la sociedad. Una tarea que sólo podremos llevar a cabo si nos enraizamos en los recuerdos que han mantenido nuestras señas de identidad como pueblo, unos anhelos y una esperanza contrapuestos en muchas ocasiones a nuestra realidad.

Siendo conscientes de que hemos sido llamados y estamos a disposición de un Dios libre, que no consiente ni la injusticia ni la explotación de sus hijos e hijas, que nos invita a participar en su Reino, a ser semilla, levadura y banquete de un futuro mejor.

Pero también siendo conscientes, como dice Jesús Renau, de que: "En la confrontación por causa de la justicia, a favor de los oprimidos, de los explotados y de los marginados, muchas veces nos jugamos el prestigio, el bienestar, algunas veces la misma vida, y no faltan complicaciones, dudas, luchas, malentendidos de todo tipo. Jesús es el modelo y la fuente de vida y vigor del que participamos por la presencia de su Espíritu", *Militancia sociopolítica y espiritualidad*, 24.

Para continuar la reflexión

JOSEP MARÍA BRICALL, *Notas sobre la crisis económica*, Documentos de ACO 20, Barcelona 2009.

WALTER BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Sal Terrae, Santander 1986.

JOAN RAMON MARÍN, *Els llibres bíblics dels profetes*. Documentos de ACO 23, Barcelona 2011.

ABRAHAM J. HESCHEL, *Los profetas. 1. El hombre y su vocación. 2. Concepciones históricas y teológicas. 3. Simpatía y fenomenología*, Paidós, Buenos Aires 1973.

